

Los Nuevos Bibliotecarios

Discurso del Sr. Percy Gibson a nombre de los alumnos de la Escuela de Bibliotecarios, en la Ceremonia de clausura de las labores.

Señoritas, Señores, compañeros todos:

Estas palabras, que me toca decir en nombre de la primera promoción de la Escuela de Bibliotecarios del Perú, son ante todo de saludo y de cordial bienvenida a nuestros distinguidos huéspedes, los señores H. M. Lyndenberg y C. Milam, a quienes los bibliotecarios peruanos consideramos figuras familiares y dilectos amigos de nuestra profesión y de nuestro país. Por sus altos títulos, como representantes de la American Library Association, y por la importante misión cultural que los trae hasta nosotros, su presencia confiere a este acto, especial dignidad y significación.

Nos hemos reunido hoy, aquí, para despedirnos de las labores que acabamos de culminar en esta Escuela. En tan propicia oportunidad, queremos testimoniar en primer término nuestra profunda gratitud y afecto a todos y cada uno de nuestros maestros y a nuestro Director. Sus esfuerzos y desvelos, su voluntad admirable de enseñar, su fervorosa dedicación y su inteligencia, secundados por nuestra constancia y espíritu de trabajo, han logrado que nos incorporemos, afortunadamente, a una nueva actividad profesional. Al lado de nuestros maestros, las señoritas que nos han asistido en la Secretaría y en los propios estudios, con su generosa abnegación y con las muchas pruebas de su gentileza, han comprometido también nuestra sincera gratitud. Hacemos asimismo extensivo nuestro reconocimiento a quienes en la Escuela Nacional de Bellas Artes, primero, y en esta de Servicio Social, después, nos brindaron sus aulas acogedoras y su amable hospitalidad.

Los Estudios que en forma intensiva y sin pausa hemos venido realizando durante casi seis meses, han constituido para nosotros una excepcional e invaluable experiencia. Los resultados —que sería arduo recapitular ahora— caso podrían concretarse en una favorable conclusión: hemos aprendido a ver y tratar con una visión nueva, técnica, el objeto de nuestro aprendizaje, el libro y su finalidad, reafirmandonos en el concepto de que es un instrumento primordial y precioso de cultura, y que nuestra misión es llevarlo con altruismo y con ánimo de servir a cuantos puedan necesitarlo en propio beneficio y en el de la cultura de la colectividad.

Pero esta experiencia ha tenido también para nosotros un interés humano: el derivado del contacto diario, dentro o fuera del aula, con nuestros profesores, en particular con aquellos que desde fuera nos han traído su saber y su simpatía fraternal. Durante el tiempo relativamente breve que han trabajado con nosotros han llegado a conocernos —lo sabemos— con profunda penetración y perspicacia; pero nos han dado al mismo tiempo la oportunidad de que apreciemos en ellos nuevos y diversos matices espirituales, propios no sólo de la nacionalidad de que proceden sino también de sus cualidades personales. Así, se han grabado, por ejemplo, en nuestro espíritu la serenidad inteligente de la señorita Fabilli, la simpatía doctoral de Miss Bates, la espontaneidad efusiva de Miss Sherier, la dedicación acuciosa y cordial del doctor Aguayo, la delicadeza severa y a la vez risueña del doctor Kilgour...

Los estudios que hemos hecho se han caracterizado sobre todo por la nobleza de su finalidad eminentemente altruista y social, en favor del desarrollo cultural de la comunidad. Enaltecerlos es enaltecer a quienes los han propiciado en nuestro medio, en especial a nuestro Director, el doctor Jorge Basadre que con tan patriótico espíritu se ha afanado porque fueran una realidad promisoría para el desenvolvimiento futuro de nuestra cultura.

Una de las más arduas pruebas a que nos ha sometido la penosa desaparición de nuestra Biblioteca Nacional es la de su integral reconstrucción. El empeño que en ella se ha puesto está dando ya sus frutos, y una muestra de ello es esta primera promoción que, con un nuevo espíritu, se apresta a colaborar en la tarea. El mundo entero se dispone en estos momentos a vivir una etapa de total reconstrucción, en la que tendrán capital importancia los fundamentos que sustenten una nueva cultura. No cabe, pues, lamentarse más por las pérdidas que aquí hemos sufrido sino aplicar las energías a lo que debe hacerse para repararlas.

En lo que respecta a nuestros estudios, un doble convencimiento nos ha guiado en todo momento en el curso de los mismos: Los métodos en que se nos ha iniciado son, sin duda, los más avanzados que hoy existen en la ciencia bibliotecaria; y su correcta aplicación garantizará la eficiencia de los servicios bibliotecarios en el país.

En la experiencia que hemos adquirido, en la nobleza de fines que inspira nuestra profesión y en la convicción que nos ha servido de guía se cimenta nuestra fe en que sabremos contribuir, cuando la oportunidad nos lo demande, a la tarea y propósito de restaurar sobre bases nuevas y firmes el prestigio cultural del Perú.

A nuestros huéspedes, a quienes con tanto interés y cordialidad hemos recibido en Lima, deseamos una grata permanencia entre nosotros. Muchas gracias.

Discurso pronunciado por el Sr. Luis Málaga a nombre de los alumnos egresados de la Escuela de Bibliotecarios, en la fiesta de camaradería, con motivo de la terminación del Curso.

Señores profesores de la Escuela de Bibliotecarios:

Por encargo honroso de mis compañeros de estudio, me permito ofrecer esta fiesta que en vuestro honor y como testimonio de emocionada gratitud hemos preparado los ahora ex-alumnos de la Escuela. Dignaos aceptarla en la forma modesta en que la brindamos, pues es antes que todo una fiesta del espíritu.

Debo decir en esta oportunidad, que es la última en que nos encontramos juntos, profesores y alumnos, que una circunstancia especialísima nos ha reunido en una misión casi providencial. La fatalidad se ensañó contra el más preciado monumento de nuestra cultura. El espíritu nacional reaccionó para trocar el desastre en triunfo. Y en esta lucha por crear una auténtica institución bibliotecaria, tenemos un sitio de honor, una responsabilidad y un deber. Nos sentimos algo predestinados al emprender esta bella aventura, como ha dicho el Dr. Basadre, nuestro capitán y guía. Somos los pioneros de la primera empresa de cultura bibliotecaria en el Perú, como también nos ha llamado otro querido profesor nuestro. Y yo me atrevería a decir que tenemos bastante de caballeros cruzados. Defendemos la libertad y la cultura, en el trabajo o en el estudio, como se defiende esa misma libertad y esa cultura en los frentes de batalla. Y no es un acaso que nuestra victoria parcial, la conclusión exitosa de la primera parte de nuestra jornada, se haya logrado cuando la lucha por la libertad se va definiendo favorablemente y cuando se abren nuevos horizontes al destino humano. El Perú, incorporado al movimiento democrático y empeñado también en su reconstrucción, echa ahora las bases de su Biblioteca Nacional.

Son tiempos augurales los nuestros. Vivimos en una época crucial, como se acostumbra decir. Somos testigos de la más decisiva lucha por la libertad. El mundo en el cual hemos vivido hasta hoy, no obstante estar sentados los principios, las normas y las condiciones de la civilización más avanzada, encerraba graves contradicciones. El mundo de ayer, a pesar de la ciencia, de la filosofía y del arte, era el mundo de la inseguridad y de la miseria. La democracia, la libertad, la solidaridad humana y la cultura misma se apartaban de su recto sentido y no eran sino palabras vacuas cuyo contenido estaba por llenarse. Cuando la hu-

manidad luego de pasar por un proceso de siglos y después de rectificar errores, iba a la consecución de la justicia social, las fuerzas de la esclavitud, del egoísmo y de la bestialidad agazapadas en la cueva siniestra del subhombre, desencadenaron por segunda vez en un cuarto de siglo la lucha apocalíptica actual para sojuzgar al espíritu humano y para saquear la riqueza del orbe. Pero el espíritu es indomeñable, la fuerza del pueblo, imbatible, y la historia tiene un curso que nadie podrá hacer retroceder. El hombre de hoy lucha y muere, padece hambre y privaciones, por el bienestar de mañana, por la seguridad y la libertad de todos los tiempos por venir. Pero no sólo lucha contra la opresión amenazante y contra la inminente desaparición de los valores humanos, sino contra la miseria secular, contra la ignorancia consuetudinaria, contra la enfermedad implacable, contra los riesgos de toda clase y contra todas las limitaciones que la materia impone al espíritu. Lucha también por su emancipación definitiva. Lucha para asegurar su dignidad humana. Lucha por una auténtica democracia. El mundo actual es, pues, al mismo tiempo que un mundo de transición, un mundo de liberación. El nuevo mundo que han de construir los hombres sobre los escombros de la guerra, será por esencia el mundo de la libertad y de la seguridad, el mundo de la justicia y de la más elevada cultura. Mañana cuando las conquistas de la humanidad sobre la animalidad se hayan asegurado, habrá terminado la prehistoria y comenzará la verdadera historia del hombre sobre la tierra. En sus primeras páginas se escribirá la epopeya de nuestro tiempo. Este mundo de transición, lleno de graves amenazas, de cruentos dolores, de grandes congojas, de inmensas responsabilidades, de luchas titánicas, de crisis verdaderamente salvadoras, marcará la primera piedra miliar de la historia. Y el momento que vivimos se recordará por mil generaciones como el tiempo del destino, el cuarto de hora en que se salvó el género humano. Un nuevo esclavo, la máquina, soportará la carga que por siglos recayó pesadamente en los hombros de las masas humanas. Ella permitirá a los trabajadores y a los hombres libres la participación de la cultura, del esparcimiento y del júbilo de vivir. Por el cultivo del espíritu en generosa comunidad, los hombres se elevarán y se dignificarán. Entonces sus posibilidades de desarrollo y perfección serán infinitas. Los que vivimos en este momento seríamos verdaderamente afortunados si pudiésemos contribuir en algo al advenimiento de un mundo mejor en que la cultura sea legítimo patrimonio de todos y no odioso privilegio de unos cuantos.

Agradezco en nombre de todos mis compañeros la desinteresada y eficaz labor de todos nuestros profesores y hago constar el éxito que ha alcanzado la Escuela de Bibliotecarios en su corto período de existencia.

Agradecemos también la generosa acogida que nos ha brindado Insula.

Antes de emprender la tarea que a cada uno nos ha correspondido, nos hemos dado cita también para despedirnos todos los que estuvimos reunidos en cerrada falange. Y en esta ocasión pido a todos mis compañeros de estudio que hagamos una profesión de fé bibliotecaria prometiendo ser los defensores y los depositarios del libro y de la idea. Que este sea nuestro pequeño tributo a la consagración de nuestros maestros.

Señores profesores, muchas gracias.